Antonio Pereira: la literatura es sangre, es oxígeno, es antioxidante

Roberto Ruiz de Huydobro

También novelista y poeta, Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, León, 1923) es, sobre todo, uno de los mejores cuentistas españoles contemporáneos. Calambur acaba de reunir su obra poética en un volumen titulado *Meteoros*, y Alianza ha recuperado uno de sus principales libros de cuentos, *El síndrome de Estocolmo* (aparecido en 1988), por el que fue galardonado con el Premio Fastenrath de la Real Academia Española.

-Creo que usted fue un escritor precoz. Sin embargo, su primer libro, el poemario *El regreso*, no se publicó basta 1964.

-Fui un poeta precoz, pero mejor no recordarlo, los chicos precoces no me son simpáticos. Empecé pronto -demasiado pronto- a publicar en periódicos y revistas, pero mi primer libro fue algo tardío para lo que se estila en poesía.

-En su obra poética, están muy presentes las emociones y la narratividad.

-Desde siempre me encandiló el Romancero, porque en él se canta y se cuenta. Las emociones, sí, pero que sea la emoción recordada, serenada por el paso del tiempo. El poema escrito con inmediatez al suceso causante suele ser mediocre.

-En su poesía, también hay un marcado compromiso ético.

-Lo tomo como un elogio. Pero siempre que lo ético se desprenda del poema como un fruto natural, no como consecuencia -¡Dios me libre! de cualquier propósito moralizador.

-Las siguientes son palabras suyas: "Siempre me he considerado poeta, lo mismo cuando escribo en renglones cortos y medidos que llaman versos que cuando escribo todo seguido".

-Poeta es una titulación muy seria para atribuírsela uno a sí mismo. Jorge Guillén -me lo contó el maestro- fue a un hotel y sintió la tentación de poner en la ficha como profesión: "Poeta", pero eso de ser poeta -me dijo- es tan improbable... Mis versos,

como es lógico, tienen voluntad de poesía. Pero también mis cuentos, y no porque tiendan a la prosa poética, que no es el caso, sino por un sentido de la economía verbal, del poder de sugerencia de las palabras...

-Hace mucho que no se publica ninguna novela nueva suya: la última, *País de los Losadas*, tercera de su autoría, apareció en 1978.

-Y la primera, en 1969: *Un sitio para Soledad*. Será reeditada próximamente. No la había releído en estos casi cuarenta años y lo hice con temor al revisar las pruebas. No me decepcionó.

-El humor y cierto erotismo son una parte sustancial de su obra cuentista.

-Son una parte, pero dudo que sean una parte esencial. Hay en mis cuentos humor, y también puede decirse que se da un tratamiento irónico de las situaciones y de los personajes, sin llegar a sarcasmo. Y a veces, un erotismo que me parece suave, y no por mojigatería del autor sino porque creo que todo lo excesivo es insignificante. Lo sustancial de mis cuentos lo colocaría yo en otra estirpe de valores.

-La nostalgia del recuerdo es algo muy presente en sus cuentos.

-De acuerdo, soy un nostálgico... moderado. Mi padre tenía raíces gallegas y entraba en trance oyendo *Negra Sombra*, la hermosa balada de Rosalía y del compositor Juan Montes. Yo no llego a tanto.

-Otro rasgo distintivo de una parte importante de sus cuentos es la introducción de reflexiones sobre la literatura.

-Parece que sí, que ocurre algunas veces, pero no sobre la literatura en general. Más bien sobre el propio relato que estoy contando. Creo que es fruto de mi reconocida aproximación a la oralidad. Esto hace que la relación entre el narrador y el narratario sea amistosa y cercana, y permite confidencias ocasionales sobre el oficio de contar.

-A medida que ha ido avanzando el tiempo, la extensión de sus cuentos ha ido siendo cada vez menor. Son cuentos que, más que contar una historia, la sugieren.

-Me gusta la brevedad intensa, pero acaso deba vigilarme frente a los riesgos de la anorexia. Que mis cuentos sugieran una historia, más que ofrecerla con claridad exhaustiva, me parece el desiderátum del poeta-cuentista o del cuentista-poeta.

-En un buen cuento, no hay que poner ni una palabra de más ni una de menos. ¿Cómo se logra eso, que parece tan difícil?

-Si hay una palabra de más, es fácil el remedio: basta un rotulador de trazo enérgico. El caso contrario ocurre cuando uno tiene la aprensión de que falta una palabra -por ejemplo, un adjetivo afortunado- y trata de incorporarlo al texto, y éste se resiste. ¡Quieto! El cuento está terminado, y probablemente es un buen cuento.

-El siguiente es un consejo de Antón Chéjov: "Creo que cuando uno ha terminado de escribir un cuento debería borrar el principio y el final".

-Si se encuentra usted a ese señor, dígale de mi parte que bueno, que borre el final, pero que el principio lo cuide y lo mime, que ahí se la juega el cuentista. Aunque se llame Antón Chéjov.

-Según José María Merino, "un cuento debe llevar dentro de sí mudanza, movimiento, o no será un cuento".

-He publicado un decálogo del cuentista, y mi quinto mandamiento reza así: "Que siempre haya expectativa. ¡Algo va a ocurrir!".

-¿La literatura es un cuento de hadas o un cuento chino?

-Para mí, la literatura es sangre, es oxígeno, es antioxidante. Lo de cuento chino puede valer para algunos que medran en sus alrededores.

-¿La locura de Alonso Quijano demuestra que los libros tienen algún tipo de veneno?

-Los venenos, en sus debidas dosis, han curado muchas lacerias a la humanidad.